

EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 58

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUÑEVA

EL SIGLO

El Mensaje referente al presupuesto

Ayer se dió cuenta en la Cámara de Representantes de este Mensaje, cuyo próximo envío había anunciado en la sesión anterior el diputado señor Pérez.

Hay una diferencia notable entre lo que en el Mensaje referido solicita el Poder Ejecutivo y lo que de la raseña hecha en *La Razon* se había anunciado lo que pediría.—Según aquella raseña, había manifestado el señor Ministro de Gobierno que el Gobierno deseaba que para el presente ejercicio económico se sancionase el mismo presupuesto del ejercicio anterior; pero que no obstante se reservaría el Gobierno la facultad de hacer en él las alteraciones, vale decir las supresiones, reducciones ó aumentos que creyesen mas convenientes.

Si esto votasen las Cámaras, sin limitación alguna, equivaldría como dijimos á abdicar en el Poder Ejecutivo una de sus más importantes y preciosas prerogativas. Pero no es eso precisamente lo que el Gobierno solicita y propone: porque al pedir que se sancione la continuación del presupuesto vigente hasta fin de Junio próximo, y al anunciar su propósito de hacer en dicho presupuesto algunas de las reformas y mejoras más urgentemente reclamadas por el buen servicio público, el Ejecutivo declara terminantemente que se propone realizar esas mejoras sin exceder del monto del presupuesto actual, recurriendo únicamente á la reducción y supresión de aquellos gastos, que no siendo indispensables pueden ser reducidos y suprimidos tales como la refundición en una sola de las tres oficinas de Obras Públicas que hoy existen, la transmisión al Hospital de Caridad del cuidado, sostenimiento y administración de la Escuela de Artes y Oficios, la organización del Consejo de Higiene Pública con los catedráticos de la Facultad de medicina, médico de sanidad y de policía, la reducción del personal y gastos del Par. que Nacional y la reducción y supresión de algunos otros sueldos de detalle, cuyo monto total no bajará de doscientos mil pesos, que es más tal vez de lo que se necesita para llevar á cabo las reformas y mejoras que se tienen en vista.

Al mismo tiempo declara el Gobierno que se dirigirá oportunamente á la Asamblea solicitando en Mensaje especial la autorización legislativa en los casos en que esta sea necesaria para hacer aquellas modificaciones que se requieran en la ley de presupuesto vigente, dado el caso de que esta sea prorrogada por todo el año económico actual, como lo solicita el Poder Ejecutivo.

Nos parece que con estas salvaduras y limitaciones, se evita que el Ejecutivo asuma una especie de dictadura económica y financiera, como sucedería si el Gobierno pretendiese reservarse el derecho de hacer por sí en el presupuesto todos los cambios y alteraciones que juzgase conveniente, sin necesidad de solicitar la aprobación del Cuerpo Legislativo.

¿Pero cuáles son esas reformas y mejoras urgentemente reclamadas?—También las menciona el Gobierno en su Mensaje. Son las mismas que se habían señalado ya en la Cámara. Es la reforma en el servicio policial de Montevideo, es el aumento de las policías de campaña, es la creación de las escuelas rurales, etc.—De suerte que se ve que el Gobierno, lejos de desatender las indicaciones hechas en la Cámara, se propone satisfacerlas en cuanto el monto del presupuesto lo consienta.

Lo que no comprendemos es cuales pueden ser las causas de la situación financiera que aconseja que se practiquen todas las economías posibles, y que según el Mensaje han sobrevenido con posterioridad á la fecha en que el Poder Ejecutivo formuló el proyecto de presupuesto que remitió al Cuerpo Legislativo.—No sabemos en verdad cuales son esas causas posteriores á que el Gobierno alude, puesto que el déficit que había dejado la administración anterior no es una cosa recientemente descubierta, sino que era ya conocido de antemano.

Suponemos que esto se explicará al discutirse el Mensaje.—La Cámara acordó suspender la discusión del presupuesto hasta tanto que la Comisión presente su informe sobre el Mensaje referido.

reses de dicha Deuda, correspondientes al 29.º bimestre.

Montevideo, Agosto 10 de 1888.

2089ag.18

El Secretario

COMPANIA NACIONAL DE Credito y Obras Públicas

Por acuerdo del Sindicato concesionario de la Compañía Nacional de Crédito y Obras Públicas, se comunica á los suscriptores que el jueves 16 del corriente se dará principio á la entrega de los resguardos de las acciones que á cada uno hayan correspondido en el prorrateo verificado.

Al hacer la entrega de los referidos resguardos se cobrará el importe íntegro de dichas acciones.

Montevideo, Agosto 15 de 1888.

n. 2131

E. REUS.

EMILIO REUS

Señor Director de *El Nacional* (Buenos Aires):

No fui de los primeros en estrechar relación con Reus. En los comienzos de nuestro trato me mantuve retraído, en esa actitud defensiva que lo mismo los hombres que los animales guardan al ponerse por primera vez en contacto. Me alarmaba sobre todo en él el poder de fascinación que ejercía sobre la mayor parte de las personas que lo trataban, y en cuya asiduidad y cortesía adivinaba yo mas que afectación amistosa, el afán de conquistar su privanza, alentando todas sus utopías y aplaudiendo todas sus paradojas—porque hay algo de paradojal y utópico en este hombre de treinta años que ha vivido en las cimas de la fortuna y en las profundidades de la pobreza, sin desviarse en las alturas ni empujarse en la desgracia, mostrándose tal vez mas fuerte y seguro de sí mismo en la adversidad, creyente en su destino como un musulmán, moro como es por tradición, por tendencia y hasta por el tipo físico apesar de la blancura de la tez, pues no hay que esforzarse mucho la imaginación para comprender todo el carácter de raza que cobrarían sus perfiles bajo los pliegues de un alquimex y las fajas de un turbante.

Hay en Reus una mezcla curiosa de positivismo y romanticismo. Bullen en su corazón y en su fantasía todos los entusiasmos meridionales, y rigen en su cerebro fuerte todo el método y prevision de un calculista alemán. Es español genuino en sus expansiones, y de espíritu yankee en sus iniciativas. Siente como latino y piensa como sajón. Es hombre de números y hombre de letras. Es descreído á veces hasta el ateísmo, y otras la credulidad lo lleva hasta creer en los hombres. Su razonamiento es tan lógico como un axioma, pero su fantasía exajera hasta la paradoja.

Actualmente se encuentra en el momento preciso en que esta dualidad de opuestas tendencias florece en él en todo el vigor de la plenitud de la vida. A manera de esos troncos injertados con la yema de otra planta, que en un esfuerzo de la savia brotan á su vez y florecen y fructifican á la par del injerto, así asoma y se manifiesta en Reus el hombre de imaginación artística en competencia con el hombre de negocios, que es en él el injerto, pues sus aficiones y entusiasmos en materias de arte revelan que su tronco era de artista y no de negociante; á pesar de los frutos que como tal ha dado.

En mi trato con Reus, poco he cultivado al hombre de números y de cálculos, pero mucho y muy de cerca al hombre de letras, aprovechando todos los momentos para departir con él, sobre temas literarios, que le son familiarísimos, creo mas por intuición que por estudio, pues no ha podido tener tiempo para en solo treinta años de vida tan accidentada y febril penetrar á fondo las literaturas de todos los países y de todas las épocas. Me bastará citar un hecho para mostrar qué predomino tiene en su espíritu las aficiones literarias. Era en los últimos días de su estancia en el Banco, precisamente en los momentos en que se resolvía sobre si aceptaba su renuncia ó si debía permanecer en su puesto. Por tratarse de cuestión que tan personalmente le rozaba, se había retirado del salón de sesiones, y no siendo tema que se discutiese oficialmente yo también me había alejado, quedando ambos en la oficina contigua. Yo, por matar el rato, me puse á despachar algunos asuntos de trámite, mientras Reus se paseaba á lo largo de la pieza.

Habíamos poco una que otra palabra suelta, pero como indiferentes, de esas palabras que salen de la boca ajenas del pensamiento. Había pasado media hora, y encontrando ya largo el

intermedio, exclamé: *Quousque tandem abutere patientia nostra!* En el instante me copó Reus el estrófulo, argumentándose que no podía hablarlo en latín, y engolfándose en el tema disertó largamente y con calor sobre prosodia latina, citó versos de Horacio y de Virgilio para demostrar su tesis, y ya metidos de lleno en las letras nos apasionamos ambos en la discusión á tal punto, que cuando hora y media después nos llamaron para continuar la sesión, estábamos en plena Grecia, y miles de leguas y miles de años del sitio y del momento en que nos encontramos, olvidados por completo del asunto que á dos pasos de nosotros se trataba tal vez con tanto calor como el que en nosotros había provocado aquel estrófulo latino tan inconscientemente lanzado.

..... Solamente un día me habló de detenimiento y con pasión de especulaciones comerciales, y declaro que aquel día me alijó porque temí que la pérdida de tanta sangre como había vertido hubiese alterado el equilibrio de sus facultades. Por fuera, yo no oía hablar mas que de la crisis producida, de la precaria situación que se presentaba, del abatimiento de todos los valores, de la prostración en que iba el país á quedar nuevamente después de la actividad de los últimos meses. Y cuando bajo tales impresiones estaba y tales pronósticos fatidicos repercutían en mis oídos, Reus empezó á hablarme de sus nuevos proyectos y de la nueva era de prosperidad que para el país se abría, con tanta fe y con tanto aplomo que parecía un aluciuado presa del delirio. Sin embargo, no desvariaba; sus argumentos eran reales y sus cálculos de probabilidades muy positivos. Parecía como que en medio del nublado en que todos vivían en aquellos momentos, hubiera brillado para él un rayo de sol. Una fuerza nueva despertaba en él ó un nuevo ideal reavivaba las energías de su carácter, aplomado en aquellos días por las contrariedades morales y el desfallecimiento físico. Sembraba un resucitado que conservaba todavía en el rostro la palidez de cera de una fúctica muerte, pero que al volver á la vida encontraba mas vastos horizontes y traía profecías sobre el porvenir.

En toda su peroración sobre lo pasado y sobre sus nuevos proyectos no tuvo una imprecación ni una censura contra nadie, y es ese exceso de bondad y benevolencia uno de los principales defectos de Reus. Le falta gallardura en el carácter, así como le sobra en el valor. Yo no puedo apreciar si allí en lo muy hondo de su alma oculta represalias y acalla vituperios, pero sí sé que de sus labios no ha brotado una blasfemia, y eso solo de Jesús se cuenta, después de haber sido agraviado por Escríbas y Fariseos; después de no haber hecho Pilatos otra cosa que lavarse las manos cuando ante él llevaron su pleito; después de haber el apóstol predilecto renegado de él antes que el gallo cantase por tercera vez; después de haberlo coronado de espinas y denigrado con denuestos los mismos que con palmas y vítores lo acogieron á su llegada á Jerusalem.

A este defecto del carácter de Reus se agrega otro de sus sentimientos: su excesiva generosidad. Deja de ser generoso para ser prodigo, manirroto, sin dar muchas veces útil aplicación á sus prodigalidades. Parte siempre del principio falso de creer honrados á todos los hombres. Para que Reus crea que un fulano es un pillo, es necesario que el tal sea el más redomado pícaro nacido. Y cosa curiosa! Este hombre, deditivo hasta el derroche, que no para mientes en lo que dá ni á quién, tratándose de negocios es escrupuloso y detallista como un banquero judío. Discute un dieciséisavo de comisión y hace hincapié en un cuarto por ciento de interés anual. No guarda régimen en su manera de vivir, pero en asuntos comerciales es puntual como un inglés.

Aparentemente, es un desordenado. No lleva apuntes de ninguna clase en los múltiples y complicados negocios en que interviene, pero los tiene todos, con todos sus detalles, en la cabeza. No olvida un nombre, ni una fisonomía, ni la responsabilidad comercial que á cada firma de plaza se le atribuya, y solo reconociendo en él esas facultades se explica que pueda haber dirigido tantos negocios y á todos atiende á la vez, sin confundir unos con otros, combinando á cada momento uno nuevo, interrumpiendo sus cálculos para arreglar en dos palabras un arbitraje de cambios: á tanto las libras sobre Londres, á tanto los francos sobre París ó tanto más sobre Burdeos ó Marsella; á tanto los marcos sobre Berlín ó Hamburgo; á tanto las pesetas sobre Madrid y las liras sobre Génova, regateando fracciones de peniques y centavos de francos como si de otra cosa no se ocupase.

Se cree generalmente que Reus es de un carácter dominante y altanero, y es todo lo contrario. A nadie trata de imponerse ni á nadie tiene en menos, sino á los que lo adulan. Si muchas voluntades se le han rendido y muchos espíritus se han degradado hasta el servilismo por complacerle, no es suya la culpa, como no fué de Júpiter la culpa de la prostitución de la ninfa Danes, sino de la liviandad de ella, que al ruido de la lluvia de oro echó por puertas la castidad.

Y han sido esos mismos serviles y sumisos hasta dar asco, los que al verlo tambalear han hecho mas fuerza por hundirlo, como que está en lo humano que siempre que la mediocridad logra poner el pie sobre lo que le es superior, aprieta para aplastarlo. Yo sé de mas de uno que se ha restregado las manos creyendo á Reus al borde del sepulcro, y tengo por seguro que no pasará muchos días sin que esos vayan, sombrero en mano, á hacerle corte porque Reus está otra vez de pie, con mas fe en sí mismo que nunca, mas moro que nunca, creyente en su destino, llena la cabeza de combinaciones y henchido el corazón de entusiasmos, con rayos de sol en el alma y reflejos de victoria en los ojos, reviviendo en una primavera de esperanzas, inspirado en un ideal que debe ser mucho mas grandioso que el de fundar un nuevo Banco ó construir un nuevo barrio. Canta el himno de aljuya después de la pasión, y se sienta de nuevo á la diestra mano de la Diosa Fortuna, cuya imagen le fué obsequiada en los momentos en que muchos creían que le volvía la espalda.

Tal es el hombre cuyo retrato se me pide, con sus rasgos luminosos y sus sombras. Tiene grandes cualidades de iniciativa y actividad y graves defectos de credulidad y desprendimiento. Es capaz de organizar las mas colosales empresas, pero capaz también de comprometerse en las mas arriesgadas especulaciones. Tiene amor por la Bolsa, que él define así: la Bolsa es la civilización.

Es una de sus paradojas. Yo sin creer tanto, no le tengo horror á la Bolsa, ni la considero una ruleta. Es una institución necesaria en el grado de sociabilidad á que hemos llegado. Es una manifestación universal del desarrollo comercial de cada país. La Bolsa es para el mercado de títulos lo que la Tablada de Abasto es para el mercado de ganados: el centro en que la demanda y la oferta establecen el valor del documento ó la res, y tan luego es el pujar los novillos como el pujar los títulos de renta ó el abarrotar la existencia de café ó de azúcares para poder el dogal al cuello del consumidor. La única diferencia que hay es que el dinero de la Bolsa es mas despreciado y mas mundano que el dinero del arroz ó del vino carlon: es un dinero fastuoso, equívoco, que rueda en coche y va á la ópera, que compra cuadros y estatuas, que patea, que se divierte, mientras que el de ultramarinos es un dinero cicatero, mequino, que blanquea con cal las paredes en vez de decorarlas con frescos, dinero que se envuella y cria roña, que vive enclaustrado en cofres, como las monjas en la celda, y pasa á la testamentaria sin ningún pecado buratili como la reclusa pasa á mejor vida con su virginidad á cuestas, tan inmaculada la moneda como la mujer, pero por eso mismo, tan estéril la una como la otra.

Reus, como no crea en las monjas, cree en la Bolsa, y esa es la cabeza de su proceso. Pero lo mejor del caso es que muchos de los que le motejan de loco por sus especulaciones á la alza, maniobran á la baja, como ha sucedido en la última crisis, en que mas de uno de los que vociferaban contra la insensatez de pujar las acciones del Banco Nacional, por bajo de cuerda las vendía, depreciándolas al mismo tiempo por medios de muy discutible legalidad. Cierzo es que iguales el derecho de los alcistas que el de los bajistas, pero cierto es también que mientras aquellos contribuyen á la valorización general y al incremento de las fortunas, los segundos solo realizan una ganancia personal con perjuicio para todo el resto de los habitantes; y de ahí que ninguna alza, por exajerada que sea, determina una crisis general, mientras que una baja ocasiona ruinas y bancarrotas que á todos afectan.

Reus es alcista por temperamento. Entre perder diez á la suba ó ganar veinte á la baja, no titubea: pierde los diez. Consecuencia de esa idiosincrasia fué el que se arruinase en Buenos Aires después de haber ganado una fortuna, siempre en la especulación á la alza, movido por su optimismo, que así como le lleva á creer en la bondad de todos los hombres, lo arrastra á creer en la prosperidad de todas las empresas. Tiene una fe profunda en el adelanto de este país. Le cree llamado en breve tiempo á ser un emporio de riqueza y habla con acento de convicción de un porvenir no lejano en que nuestras tierras quintuplicarán su valor y nuestra población aumentará al decuplo de la actual.

Sanson Carrasco.

HECHOS Y RUMORES

El comercio de los ríos—Buenos Aires, Agosto 16.

El inspector de rentas señor Camelino, se ha dirigido al ministerio de Hacienda dando cuenta de los excelentes resultados obtenidos con la aplicación del artículo 10 de las ordenanzas de aduana.

Por dicho artículo se dispone que toda mercadería que se reembarque ó trasborde de naves

P. HEYSE

LA JOVEN TREPPI

(TRADUCIDO DEL ALEMAN)

Esta mujer alumbrada por la luna no podía ser otra que Fenicia. Con paso largo y sereno se alejaba de la habitación y se dirigía hacia el barranco.

Filippo se estremeció de pies a cabeza, pensando en que la joven podía llevar alguna idea siniestra. Sin reflexionar corrió a la puerta para descender el cerrojo, pero parecía que el hierro estaba clavado a la puerta y todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Gritaba golpeando la puerta con los pies y con las manos, aunque sin poder abrirla. Por fin la abandonó y corrió a la ventana. Ya veía que una piedra de la pared cedía a sus esfuerzos, cuando distinguió de repente a la joven que se volvía por el mismo camino, trayendo en la mano alguna cosa que no pudo reconocer en aquella luz vaga; solamente vio su rostro severo y pensativo, pero sin pasión. Ni una sola vez volvió los ojos hacia la ventana, y al fin desapareció en la sombra.

Aun estaba él de pie respirando fuertemente para reponerse de sus angustias, cuando oyó un ruido que parecía provenir del perro. Sin embargo, ese ruido no era de ladridos ni de gruñidos; el enigma le pareció inexplicable.

Asomó cuanto pudo su cabeza por la ventana, pero no vio nada más que la noche que cubría las rocas de tinieblas. De repente hirió su oído un gemido corto y muy fuerte seguido de un quejido desgarrador del perro; y después no oyó otra cosa que el ruido de una puerta y los pasos de Fenicia.

En vano estuvo largo rato pagado a la puerta, primero para escuchar y luego para suplicar a Fenicia que le dijera una sola palabra; todo permaneció silencioso. Se arrojó sobre la cama con una agitación febril, y así permaneció largo tiempo, hasta que al cabo, a eso de la una de la madrugada, la luna desapareció y el cansancio vino a adormecer sus pensamientos tumultuosos.

Una débil luz entraba en el cuarto cuando se despertó; pero al recobrar el uso de sus sentidos y al levantarse, vio que no era aquella la claridad nacida de la aurora. Un rayo de sol atravesaba por las yerbas que tapaban de nuevo la ventana; las echó fuera, y entonces el cuarto se inundó de luz.

Encolerizado contra los guías, contra su sueño y sobre todo contra la joven, a quien debía atribuir aquel engaño, corrió a la puerta, cuyo cerrojo se descorrió sin resistencia alguna, y entró en la sala.

Fenicia se hallaba sentada junto a la chimenea, como si le estuviese esperando hacia tiempo. Toda señal de las borrascas de la víspera había desaparecido, y en sus facciones no se podía distinguir la menor expresión de tristeza o de violencia.

—¿Has querido que olvide yo la hora durmiendo?

—Sí, respondió la joven con voz indiferente. Estabais cansado y llegareis a tiempo a Pistoya, puesto que es esta tarde cuando debeis encontraros con vuestros asesinos.

—Yo no te había encargado que te cuidaras de eso. ¿Quieres perseguirme aun? Te advierto que de nada te servirá. ¿Dónde están mis guías?

—Se han marchado ya.

—¿Te burlas de mí? Dime dónde están; no se pueden haber marchado, porque no han abrado lo que les debo.

Y dió un paso hacia la puerta como para salir.

Fenicia permaneció impasible y dijo con la misma indiferencia:

—Los he pagado yo, y les he dicho que necesitabais descansar, y que yo os acompañaría hasta la llanura, justamente tengo que comprar vino una legua antes de Pistoya.

Un momento la ira le cortó la palabra, pero luego exclamó:

—No, no iré contigo. jamás, pérfida serpiente que quieres enlazarme y perderme... ¡Ridícula pretensión! Ahora estamos mas separados que nunca. Te desprecio, puesto que me creas tan estúpido que te prometes mi amor por tales manejos. No iré contigo, dame un criado, y toma lo que has pagado a los contrabandistas.

Y la arrojó un bolsillo, y abrió la puerta buscando una persona que pudiera guiarle.

—Es inútil, dijo ella, no hallareis un solo criado, todos se han ido a las montañas; no hay en Treppi una sola persona que pueda servirlos; no quedan mas que los ancianos y los niños de pacho, y si no me creéis, podéis visitar las chozas una por una.

Y al cabo de una pausa y como le viera indeciso presa del despecho y de la ira, en pie sobre el umbral y vuelto de espaldas a ella, pronunció diciendo:

—¿Qué peligro vais en mi compañía? Yo he tenido sueños esta noche que me han dicho que no deba ser vuestra. Es verdad que todavía os amo un poco, y me gustaria hablar con vos algunas horas. ¿Por esto habeis de creer que os he armado algun lazo? Estais en libertad para irme, para ir donde queráis, a vivir ó a morir. Lo que he hecho yo ha sido disponer las cosas para acompañaros un rato. Os juro que por nada en el mundo llegaré hasta Pistoya; os dejaré cuando estéis en buen camino, advirtiéndos que si os fuérais solo os perderiais sin remedio en las montañas.

Filippo se mordía los labios. Sin embargo, veía que el sol iba subiendo por el horizonte, y al cabo y al fin, ¿qué tenía que temer? No quería confesarse cual era el mayor peligro que corría.

Volviéndose hacia la joven, pudo leer en sus grandes ojos indiferentes, que en sus palabras no se ocultaba engaño alguno. Le pareció muy diferente de lo que era la víspera, y en su sorpresa había quizá algo de descontento cuando hubo de decirse que aquel acceso de dolorosa pasión había pasado tan pronto y sin dejar ninguna huella. La miró largo tiempo, pero nada vino a despertar su desconfianza.

—Ya que te has vuelto tan juiciosa, en hora buena, ven conmigo.

Sin dar ninguna muestra de alegría, se levantó y dijo:

—Primero tomaremos un bocadito, pues no hallaremos nada que comer durante algunas horas.

Y puso en la mesa un plato y una canterilla, y comió ella también apoyada en la chimenea, pero sin tocar al vino.

Filippo para acabar mas pronto tomó algunas cucharadas, bebió algunos tragos y encendió un cigarro en la lumbre de la chimenea.

Durante este tiempo no la había mirado una sola vez, pero cuando se encontró a su lado y fijó en ella su vista, vio que sus mejillas estaban muy encarnadas, y que en sus ojos brillaba como una expresión de triunfo.

Fenicia se levantó de repente, cogió la canterilla y hizo pedazos arrojándola al suelo.

—Nadie debe beber en ella ya, exclamó, después que la han tocado vuestros labios.

Durante un segundo una sospecha atravesó su mente. «¿Le habría envenenado?»

Pero prefirió creer que era un resto de la locura amorosa que había abjurado, y salió con ella de la casa.

—Se han llevado el caballo a Porreta, dijo la joven al notar que Filippo le buscaba con los ojos. No habrías podido bajar a caballo sin peligro, pues los caminos son mas estrechos que los de ayer.

Fenicia se fué delante, y en breve dejaron detrás de sí las chozas de Treppi, que no parecían estar habitadas; ningún humo salía de ellas y el sol las bañaba con sus rayos.

Entonces por primera vez pudo observar Filippo toda la majestad de aquel desierto, sobre el cual había un cielo puro y transparente.

El camino no era mas que un sendero apenas visible sobre la Peña viva que se dirigía hacia el Norte, y de tiempo en tiempo, cuando se bajaban las líneas paralelas de las montañas, se veía brillar el mar en lontananza.

En su derredor no había otra vegetación que las yerbas cortas y secas de los montes y algunas zarzas. Pero en breve dejaron la altura para bajar al barranco, donde encontraron abetos y algunos manantiales, cuyas aguas se derumbaban con estrépito.

Fenicia marchaba delante, escogiendo con pie seguro las piedras mas firmes, sin volverse y sin pronunciar una palabra.

Filippo no podía apartar su vista de ella, y admiraba la fuerza y la flexibilidad de sus miembros.

Llevaba el rostro oculto con un largo pañuelo blanco; pero cuantas veces podían andar el uno junto al otro, Filippo tenía que hacer un esfuerzo para desviar la vista, tan grande era la atracción que ejercía sobre él el carácter severo de sus facciones.

Entonces vino a notar en su rostro, a favor de la claridad esplendente del día, una expresión sumamente infantil, sin poder determinar en qué consistía aquella expresión, como si en los siete años transcurridos alguna cosa no hubiera cambiado en ella mientras todo lo demás se desarrollaba.

Por fin Filippo rompió el silencio, y ella le contestó con dulzura. Únicamente su voz, que por lo común no tenía el sonido grave y duro propio de las jóvenes de la montaña, parecía entonces monótona, y mas triste aun cuanto mas indiferentes eran las cosas de que hablaba.

El camino que ellos llevaban había sido andado recientemente por algunos proscritos, que casi todos habían descansado en Treppi.

Filippo preguntaba noticias de varios de ellos, y los designaba haciendo su retrato; pero Fenicia se acordaba de muy pocas cosas, aunque sabía que los contrabandistas los habían llevado con frecuencia a su casa.

Hablando así, el abogado no notaba que el sol continuaba subiendo, y que nada se distinguía aun de las llanuras de la Toscana; no pensaba seguramente cual iba a ser el fin de aquel día de viaje.

Es tan entretenido marchar a cincuenta pies sobre el torrente, por un sendero alfombrado, sentir de tiempo en tiempo el polvo húmedo que se levanta de la cascada, ver cómo se deslizan los lagartos por las piedras, y cómo vuelan las mariposas en torno de los rayos del sol que van ahuyentando la sombra, que no hubo de observar que subían el curso del arroyo, en vez de dirigirse hacia el Oeste.

En la voz de su compañera había un encanto que le hacía olvidar todo lo que le había ocupado la víspera cuando los contrabandistas le guaban. Pero al salir del barranco viéndolo delante de sí un nuevo país de montañas que se sucedían hasta perderse en el horizonte, y alturas áridas y abrasadas, y nuevos barrancos, se arrancó de repente a sus ilusiones, y se detuvo para mirar el cielo; entonces reconoció que habían andado en un sentido contrario, y que se hallaban dos leguas mas lejos del término de su viaje que en el momento de su partida.

—¡Dadme! gritó; conozco a tiempo todavía que me engañas. ¿Es este el camino de Pistoya?

—No, dijo ella sin miedo, pero bajando los ojos.

—Entonces por todas las potencias del infier-

no, los demonios pueden ir a tu escuela para aprender a fingir; ¡maldita sea mi ceguera!

—Se puede todo, se puede mas que los demonios y los ángeles cuando se ama, exclamó Fenicia con una voz profunda y triste.

—No, gritó Filippo en un acceso de ira, no te regocijes aun, pérfida mujer; la voluntad del hombre será muy superior a lo que llama amor una criatura loca. Vuélveme conmigo al instante y enseñame el camino mas corto, ó te ahogo ahora mismo con mis propias manos. ¿No comprendes, insensata, que tengo que aborrecer a la que hace de mí un miserable a los ojos del mundo?

Y se adelantó hacia ella con los puños cerrados porque la cólera le cegaba.

—¡Ahógame, dijo en voz alta aunque con acento tembloroso. Ahógame, Filippo, pero después te arrojaré sobre mi cuerpo y lloraré lágrimas de sangre al verme muerta. Tu sepulcro estará aquí, a mi lado, disputarás mi cadáver a las aves de rapina que vendrán a devorarme, el sol del día te abrazará, el rocío de la noche penetrará tus huesos hasta que caigas muerto junto a mí, pues ahora ya no puedes abandonarme. ¿Con que has pensado que la pobre joven estúpida, criada en la montaña olvidaría las amarguras de siete años? Sé lo que he pasado en ese tiempo, sé lo que me han costado esos años; y creo que he merecido bien lo que hoy anhelo. ¡Déjate ir a morir! ¡Locura! Déjame un instante, y verás como te obligo a venir a mi lado para siempre, pues el vino que has bebido esta mañana tenía un hechizo de amor, al cual ninguna hombre ha podido resistir en el mundo.

Tenía un aire de reina al pronunciar estas palabras, con el brazo extendido hacia él, como si su mano hubiese tenido un cetro sobre la cabeza de un esclavo.

Pero Filippo respondió con una risa seca:

—Tu hechizo de amor tiene poca influencia, pues nunca te he aborrecido mas que en este momento. Y sin embargo, muy loco soy en aborrecer a una loco; no me volverás a ver, y creo que esto te arrancará tu amor y tu locura. No necesito que me guies. Veo allá en la falda de la cuesta una choza y un rebaño.... Adios, pobre serpiente, ¡adios!

Fenicia nada respondió cuando vio que se alejaba. Se sentó con mucha serenidad a la sombra de la roca, clavando sus miradas en el verde sombrío de los abetos que se elevaban en el fondo del barranco.

Apenas la había dejado, cuando se halló perdido en medio de los matorrales y de las rocas, sin distinguir ninguna señal de camino, pues tuvo que confesarse que las palabras de Fenicia le habían causado una profunda impresión y habían turbado su espíritu.

Sin embargo, continuaba viendo a la otra parte del barranco la choza del pastor, y comenzó a bajar resueltamente en dirección a ella.

Por la altura del sol calculó que podrían ser las diez.

Al llegar a una parte baja de la colina descubrió un camino sombrío, y bien luego se encontró con un puente sobre otro arroyuelo que corría en sentido opuesto y prometía llevarle a la choza.

Le siguió; pero en los rodeos que tenía que dar conoció que no iba derecho a la cabaña; sin embargo, la línea recta estaba cortada por peñascos inaccesibles, y a menos de volverse, tenía que seguir aquel camino.

Al pronto marchó de prisa como un hombre que se ve libre de cadenas, y buscando de tiempo en tiempo con los ojos la choza que parecía alejarse cada vez mas.

Poco a poco, a medida que su agitación se iba calmando, todos los pormenores de la escena que acababa de pasar cruzaban por su mente. Veía también la arrogante figura de la joven, pero entonces la veía con claridad, no a través de la niebla y de la ira. Su corazón sentía a pesar suyo una compasión profunda.

—Allí está sentada, la infeliz, contando con el efecto de sus sortilegios. Para eso salió por la noche y recogió sin duda alguna yerba inofensiva... Y ahora recuerdo que los contrabandistas me enseñaron también esas flores extrañas de cáliz blanco que crecen entre las rocas, diciéndome que son tan poderosas para el amor... Por eso rompí la canterilla y yo noté que el vino estaba amargo... Cuanta mas viejo se hace el amor, es tanto mas fuerte y vulnerable... Estaba delante de mí como una sibila, profundamente convencida de la verdad de sus palabras, como aquella que en otro tiempo en Roma arrojaba al fuego sus libros... ¡Pobre corazón de mujer!... ¡Cuántas miserias te producen tus errores!

A medida que se alejaba iba conociendo cuán profundo y cuán digno de interés era aquel amor, y conocía también el valor de aquella hermosura que la separación hacía mas radiante todavía.

No habría debido castigarla porque quiso hacerme olvidar un deber fatal con la intención de salvarme. Habría debido tenderle mi mano y decirle: «Te amo, Fenicia, y si sobrevivo, vendré y te tomaré por esposa... ¡Qué ciego he sido!... ¡Qué vergüenza para mí, no haber sabido decir eso!...» Habría debido dejarla dándole un beso como a una prometida, y no habría pensado que la engañaba... Pero me puse furioso y todo está echado a perder ahora.

Filippo pensaba en lo que habría podido ser semejante despedida; y creía sentir su aliento, la frescura de sus labios sobre los suyos, hasta le pareció oír su nombre...

—¡Fenicia! respondió con una voz arrancada del fondo de su alma.

El arroyo murmuraba a sus pies, al follaje de los abetos permanecía inmóvil; a lo lejos el silencio, la soledad, la sombra.

Ya el nombre llegaba a sus labios, pero la vergüenza le cortó la palabra. La vergüenza y el temor a un tiempo; dándose un golpe en la frente, exclamó:

—¿Soy con ella despierto? ¿Tendría razón en decir que ningún hombre ha resistido a ese encanto? ¿Seré yo toda mi vida esclavo de una mujer? No, no lo seré a fé mia.

Por un momento recobró su sana razón y echó de ver que el camino le llevaba en dirección opuesta.

No podía volver atrás a menos de caer en el peligro de que quería huir. Entonces resolvió llegar a toda costa a una altura cualquiera, desde donde pudiera distinguir la choza del pastor que había perdido de vista.

Como la orilla que seguía era cada vez mas pendiente, se echó la capa al hombro, y eligiendo un sitio seguro, de un salto se encontró al otro lado del barranco, cuyos bordes se acercaban por aquella parte.

Ya había recuperado todas sus fuerzas; subió por el lado opuesto y vio otra vez el sol.

Su cabeza ardía, su boca estaba seca, y el miedo le sobrecogió con la idea de que después de tantos trabajos quizá no llegaría a tiempo. La sangre fluía mas y mas a su cerebro; echó mil maldiciones al vino que había bebido, y se acordó nuevamente de las flores que le habían señalado los contrabandistas.

Al recordarlaz llegó a verlas a su lado y se estremeció.

—¡Si será verdad! exclamó con voz trémula; ¡si habrá potencias infernales que dominando la cabeza y el corazón del hombre, dobleguen su voluntad bajo el capricho de una joven! Venga todo antes que esa vergüenza; antes la muerte que la servidumbre. El error no tiene influencia sino sobre aquel que le da crédito. Sé hombre, Filippo; mira aquella altura, otro esfuerzo mas y dejarás para siempre detrás de ti esas montañas malditas y sus hechizos.

Y sin embargo, nada podía calmar la fiebre que le devoraba; cada piedra, cada punto resbaladizo, cada rama de abeto, era un obstáculo que no podía salvar sin hacer esfuerzos extraordinarios.

Cuando por fin consiguió llegar a la cumbre agarrándose a las últimas zarzas, la sangre se agolpaba a sus ojos, y los rayos del sol reflejados por la Peña lustrada le colgaban.

Se restregó la frente con furor, se quitó el sombrero y se pasó la mano por sus cabellos; pero esta vez oyó su nombre pronunciado distintamente, y miró espantado hacia el sitio en que le llamaban.

A pocos pasos vio a Fenicia sentada sobre la roca, como la había dejado, que le miraba risueña.

—¡Al cabo vuelves, Filippo, le dijo con ternura; mas pronto te espera.

—¡Espectro del infierno! gritó él fuera de sí, mientras el honor y el deseo luchaban en su seno; ¿te burlas de mí aun cuando aumenta la angustia de verme perdido en las montañas el sol que abraza mi cabeza? ¿Triunfas porque estoy obligado a verte otra vez para maldecirte nuevamente? No te he buscado por cierto, y otra vez serás mi perdición.

Fenicia meneó la cabeza con una sonrisa extraña.

—Dios te trae aquí sin que lo sepas tú, exclamó; volverías a encontrarte conmigo, aun cuando todas las montañas de la tierra estuvieran entre nosotros, pues en el vino que has bebido había siete gotas de sangre del corazón de un perro. ¡Pobre Fuoco! ¡Ma quería tanto, y a ti como te aborrecía! Así aborrecerás tú al Filippo de ayer, al que me rechazaba, y no desearás sino en mí amor. Confiesa que te he vencido, Filippo. ¡Ven ahora, y te llevaré a Génova, amado esposo mío!

Y al pronunciar estas palabras se levantó para abrazarla, cuando de repente al clavar sus ojos en él, se quedó sobrecogida de espanto.

Se había puesto pálido como un cadáver, únicamente el blanco de los ojos estaba encarnado como la sangre, sus labios se movían sin pronunciar una palabra, el sombrero se le había caído, y alargaba las manos como para impedir que Fenicia se acercase.

—¡Un perro! ¡un perro! fueron las primeras palabras que pudo articular; ¡no, no vencerás, demonio! ¡Mas vale un hombre muerto que un perro vivo!

Una risa espantosa asomó a sus labios; lentamente y como luchando a cada paso retrocedió, y clavando en la joven una mirada inmóvil, se lanzó atrás y rodó en el abismo.

Los ojos de Fenicia se cubrieron de tinieblas; se puso ambas manos sobre su corazón, y lanzó un grito desesperado cuando vio que Filippo había desaparecido por el borde de la roca. Dió algunos pasos trémulos, y luego se detuvo con las manos siempre sobre su corazón.

—¡Madona! exclamó, pero sin pensar en nada. Con la vista fija delante de sí, se acercó rápidamente al precipicio y se dejó escurrir por la Peña abajo, agarrándose a las ramas de los abetos que encontraba. Sus labios trémulos murmuraban palabras entrecortadas; con una mano estrechaba su corazón, y con la otra se sostenía en las ramas de los árboles y en los ángulos de las rocas.

Así llegó hasta el pie de los abetos. Filippo estaba allí con los ojos cerrados, la frente y los cabellos inundados de sangre, el cuerpo apoyado en un árbol. Tenía los vestidos desgarrados, y parecía haberse herido en una piedra.

Al pronto no pudo ver si vivía aun; pero le cargó en sus brazos, y entonces conoció que la vida no le había abandonado. La capa que llevaba rodeada por los hombros, había sin duda amortiguado la violencia del golpe.

—¡Bendito sea Dios! exclamó Fenicia respirando un poco. Y se sintió con las fuerzas de un gigante cuando comenzó a subir llevando en sus brazos aquel cuerpo inanimado.

La subida duró mucho; cuatro veces descansó dejando sobre el mugo que hallaba entre las rocas, y Filippo no había dado aun ninguna señal de vida.